

"LA PUERTA DE HIERRO" DE MADRID

por

FRANCISCO JAVIER DE LA PLAZA SANTIAGO

Aislada entre las dos bandas de la autopista que da acceso a Madrid por el NW., esta construcción sorprende al viajero no erudito que la toma por una vieja entrada de la Villa, tanto por su alejamiento del centro histórico de ésta, como por su posición no exactamente enfilada con la carretera, a la que obliga a hacer un quiebro. Cualquier guía artística de la capital podría remover fácilmente ambas aparentes dificultades al aclarar que se trata en realidad de la antigua entrada principal al Real Bosque de El Pardo y que, como tal, se orientó para hacer frente al Camino Real de este nombre que, siguiendo la ribera izquierda del Manzanares, venía desde la desaparecida Puerta de San Vicente —no aún la última de Sabatini— sobre el trazado del Paseo de la Florida, la moderna Avenida de Valladolid y el arranque de la actual carretera de El Pardo.

La Puerta es de granito y piedra caliza blanca de Colmenar, combinación castizamente madrileña de los materiales que la naturaleza ofrece, a una distancia moderada, al N. y al S. y que dota a muchos edificios de una sobria y agradable dicromía.

Consta de un arco de medio punto enmarcado por pilastras estriadas de orden dórico-romano que sostienen un entablamento con friso de triglifos y un frontón adornado con esculturas y relieves. Dos contrafuertes laterales, ligados por aletones a este arco central, ofrecen campo para una ornamentación de trofeos en bajorrelieve y terminan a cada lado en un pilar almohadado rematado por un jarrón del que brota un penacho de llamas. Otros dos pilares análogos, también con jarrones, separados del conjunto en forma conveniente, determinan dos entradas simétricas que flanquean la principal. De éstos arrancaba ya la cerca o tapia que cerraba el dominio, dedicado a la caza por las personas reales desde época medieval. Para suavizar la diferencia de altura entre estos últimos y la tapia, se diseñaron otros aletones que podrían calificarse de atróficos, pero que muestran una atención cuidadosa del detalle.

El vano central se cierra con una reja de hierro que consta de dos batientes de barrotes verticales y un coronamiento fijo de dibujo muy elegante en cuyo remate se entrelazan las iniciales de Fernando VI y Bárbara de Braganza.

Una cartela, de perfil ondulado y enmarcada por volutas, sobre el frontón lleva la inscripción: «REINANDO FERNANDO VI. AÑO DE 1753».

Los dos frentes de la puerta son casi exactamente iguales, incluso en los detalles de la decoración. La única señal de prioridad jerárquica que se observa viniendo de Madrid es la cabeza de las esfinges vuelta en esta dirección.

El monumento, en esencia, es de elegancia clasicista, pero produce la sensación de una incómoda falta de unidad que es especialmente notable en el efecto de añadido que hacen las esfinges y el copete central del frontón, sobre todo si se contemplan lateralmente; entonces, este remate formado por los dos escudos contrapuestos aparece tan falto de proporción en su delgadez que resulta visualmente frágil y plano como un decorado teatral; falta esa solidez que Vitrubio ponía como condición esencial de la buena arquitectura, e incluso la tridimensionalidad que sería exigible a la obra aun si, aceptando el criterio de tratadistas tan discutidos como Zevi¹, no admitiésemos estos monumentos sin espacio interno como verdadera arquitectura, sino como concepciones escultóricas al servicio de un conjunto urbanístico. Es cierto que no sería posible tener normalmente esta visión exactamente lateral cuando existía la cerca de El Pardo y el camino atravesaba la Puerta en lugar de rodearla como hace ahora; pero, en cualquier caso, persiste la falta de coherencia señalada.

Las vicisitudes por las que atravesó la realización de esta obra pueden seguirse con detenimiento en los papeles del Archivo General del Patrimonio². Ellos nos explican la desigualdad en la calidad de los adornos, la carencia de una clara armonía totalizadora, y nos informan sobre las personas que intervinieron en la construcción en fases sucesivas.

NANGLE.

Al comenzar el verano de 1751 se estaba disponiendo el levantamiento de una cerca que recorriera los límites del bosque, entre los lugares conocidos como la Venta del Cerero —a veces se dice Venta de Hoyos— y la del Regidor, que correspondían a los puntos de entrada de los caminos de Castilla y de

¹ B. ZEVI, *Saber ver la arquitectura. Ensayo sobre la interpretación espacial de la arquitectura*, 4.ª ed., Buenos Aires, 1963.

² Agradezco desde aquí la amabilidad de los funcionarios de este Centro.

El Pardo propiamente tal. El proyecto general de esta obra había sido hecho por el Ingeniero Jefe don Francisco de Nangle³ y preveía la erección de dos «portadas de arquitectura» correspondientes a dichos dos caminos, de las cuales la primera sería de poca entidad, mientras que a la segunda se la concedía, como correspondía a su destino de ser usada por la Corte, una pres-tancia muy especial. Se había previsto igualmente la necesidad de construir dos «casillas de porteros» anejas a dichas portadas y de colocar rastrillos o rejas de hierro bajo los arcos del puente que cruza el río con objeto de evitar de este modo la huída de las piezas de caza.

Desgraciadamente no han aparecido los dibujos correspondientes a estas ideas iniciales, y los detalles sólo pueden ser colegidos de los escritos que a ellas se refieren.

El propio ingeniero Nangle firma en 20 de abril de 1751 un «Cálculo prudencial del coste que se considera podrá tener la construcción de la cerca que se propone...» en el que se detallan conceptos minuciosamente⁴.

El proceso acostumbrado en la realización de una obra de esta envergadura exigía que se convocase mediante un pregón a los asentistas —contratistas en nuestro vocabulario de hoy— para rematarla, es decir adjudicarla, al que ofreciese unas condiciones más ventajosas. Este sistema de subasta se empleó por lo que respectaba a la cerca, con las dos casillas de porteros ya mencionadas y la portada sobre el Camino Real de Castilla llamada Puerta del Vado. El mejor postor fue el «Profesor de Arquitectura y Maestro de Obras en esta Corte» don José de Fresnedo el 22 de junio de 1751.

Este asentista hizo una baja del 4 por 100 y así desplazó al Teniente de

³ El ingeniero Nangle se encargó durante estos años de la dirección de importantes obras entre las que destaca la apertura de caminos como el paso de la Sierra de Guadarrama por el puerto llamado hoy de Los Leones. Sobre este aspecto ha redactado su Tesis de Licenciatura, aún inédita, doña Rosa María González Martínez, con el título *La apertura del puerto de Guadarrama*, y bajo la dirección del Catedrático de Historia Contemporánea de nuestra Universidad don Luis Miguel Enciso.

Doy las gracias a la autora por facilitarme la consulta de su libro.

⁴ Resumo algunos de los puntos relacionados con la Puerta de Hierro:

«Puerta que se propone inmediata a la Venta del Regidor.	20.448
— Por 1.704 pies ³ de sillería de la misma... a 12 rs. el pie	
— Por 4 guardarruedas semejantes a los propuestos para la puerta antecedente [se refiere a la de la Venta del Cerero]	1.120
— Por 96 pies ³ de 4 piedras para sentar las riestras de los batientes de las Puertas de Yerro... al respecto de 8 rs. cada pie	768
— Por el herraje de esta Puerta con adornos y escudo dado de color verde y bronceado, se consideran prudencialmente	44.640
— Por 16 arrobas de plomo que se consideran necesarias para sentar y fijar el herraje de esta puerta	600»

El total es de 67.576 reales de vellón.

(Archivo General del Patrimonio, El Pardo, Leg. 2.)

Maestro Mayor de la Villa, el arquitecto murciano José Pérez, que sólo bajó el 3 por 100. El precio inicial que había tanteado Nangle para todo ello era de 832.990 rs. de vellón.

OLIVIERI.

Pero la «Gran Portada de Arquitectura que ha de construirse sobre el camino Real del Pardo» no se subastó, sino que se ajustó directamente en 100.000 reales con el escultor don Juan Domingo Olivieri, que dirigía, con Felipe de Castro, la ejecución de la decoración escultórica de Palacio. La razón de esta anomalía la explica el propio Nangle en carta a Ensenada de 23 de junio: «... no me pareció conveniente exponer la construcción de la Puerta de Arquitectura al público subasto, por ser una obra que requiere particular habilidad... por cuyo motivo he formado... asiento particular con D. Domingo Olivieri en cien mil rs. vellón sin comprender la reja; y puedo asegurar a V. E. es con toda la conveniencia posible, a más que se logra la seguridad de que se ejecutará el todo con el primor que conviene»⁵.

Este «asiento particular» no fue aceptado sin alguna reserva en el círculo de los consejeros regios. Lo prueba bien claramente un párrafo tachado y enmendado de la minuta de una carta fechada en el Buen Retiro el 16 de julio en que Ensenada comunica al Director de la obra la aprobación del Rey. Transcribo estas líneas por su evidente significación: «... quiere S. M. que la obra de la Portada Principal se saque también al pregón por ocho días y se remate en el mejor postor con las condiciones ajustadas por D. Domingo Olivieri y la circunstancia de que se ha de hacer esta obra a satisfacción y debajo de la dirección del mismo Olivieri y de D. Phelipe de Castro como estatuarios principales de S. M.». En lugar de esto, la redacción definitiva da escuetamente por válido el contrato hecho.

A nadie parece extrañar que sea un escultor quien se encargue de un trabajo ajeno, al menos en parte, a su especialidad.

Es, en cambio, fácil de comprender, que esta falta de respeto a la norma establecida desagradase a aquellos profesionales que hubiesen podido plantear una abierta competencia a Olivieri.

BORT.

Uno de éstos era el arquitecto valenciano Jaime Bort, del que se sabía que se trasladó a Madrid desde Murcia en 1749 por causa del real servicio.

⁵ A. G. P., El Pardo, Leg. 32.

Que acarició la idea de encargarse de este trabajo no es difícil deducirlo del contenido de una carta del Marqués de Borja, amigo suyo, al Secretario de Estado en que refiere cómo ha examinado con Bort los dibujos y condiciones relacionadas con las obras y opina, especialmente por lo que mira a las dos Puertas, que «están dispuestas como corresponde a la notoria inteligencia del Ingeniero Nangle, y que es de mucho primor la gran portada de Arquitectura». Pero, a continuación de este elogio inicial, ataca lo que le parece —a Bort más que a él seguramente— magnificencia excesiva en la entrada de una cerca. Cree que la que corresponde al camino de Castilla, por ser más humilde, encajaría mejor como principal y en su lugar se debería hacer otra semejante o inferior. Aduce que «esta regla se ha seguido hasta hoy en semejantes parajes» y que en un jardín o huerta de S. M. en el mismo camino de El Pardo, se encuentra «una obra muy ligera que parece bien y no disuena». (Se referirá tal vez a la huerta llamada de «Migas Calientes» que era en realidad un jardín botánico dedicado al cultivo de plantas medicinales). Finalmente un jardín botánico dedicado al cultivo de plantas medicinales). Finalmente va a lo que verdaderamente le interesa: «en cualquier providencia que sobre esto se tomase no encuentro razón para que no se saque al pregón y remate esta obra como las demás, pues no es bastante [razón] la de ser de primor y delicada, pues siempre es fácil reconocerla y estrechar al Maestro a que cumpla con lo estipulado y era el modo de que saliese mucho más barata de lo que se regula».

Es esta una contribución, aunque de entidad mínima, para el esclarecimiento de la peripecia madrileña del arquitecto de la catedral de Murcia, que apenas se conoce⁶.

Aprobado el contrato con Olivieri y Fresnedo, el curso previsible de los acontecimientos se verá alterado por la enfermedad de Nangle, que había obligado a precipitar —aunque fuera sólo unos días— la subasta y ajuste de los trabajos con objeto de no retrasar su marcha a un balenario medicinal.

Una carta de don Vicente Manuel del Campo, que actúa siempre como comisario de las obras, fechada en 8 de diciembre nos habla ya de la muerte del ingeniero y da los nombres de algunos colaboradores, sin aclarar apenas nada de sus cometidos concretos: Pedro Superviella, Thomas O'Deli, Agustín de Herrera, Silvestre Abarca. De Herrera hay menciones como «Ingeniero extraordinario que entendía en estas obras».

Al llegar el verano del año siguiente se ha hecho muy poco aún y la situación está tensa: Olivieri protesta indignado en una carta dirigida a don Cayetano de Obregón el 17 de junio contra un memorial que Juan González,

⁶ J. SÁNCHEZ MORENO, *Maestros de la arquitectura en Murcia*, Madrid, 1943.

ha hecho llegar al Intendente de las obras del Palacio Nuevo, don Baltasar de Elgueta. Este memorial, que Olivieri considera difamatorio y calumnioso, afirmaba que el escultor no pagaba materiales ni jornales. Olivieri solicita que el Intendente envíe inmediatamente a reconocer el estado de las obras y a examinar los recibos que posee de González, que suman una cantidad superior al importe de su trabajo.

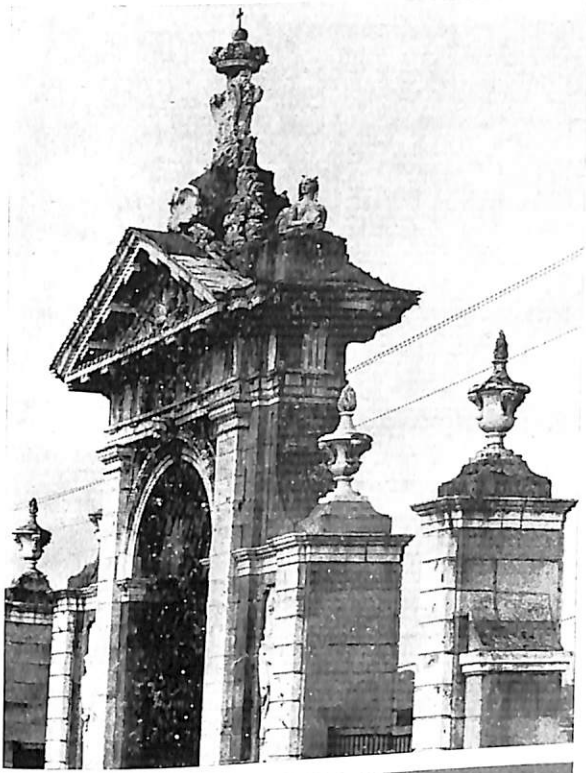
Por alusiones que se incluyen incidentalmente, se van definiendo los papeles y la marcha del asunto. Olivieri había ajustado con este Juan González la construcción de la portada en 40.000 reales de vellón, quedando de su cuenta la decoración de escultura y talla, la cimentación y los andamios. Esta primera portada contratada se modificó luego sustancialmente: «... se añadieron las dos portadas laterales y se mudó mucho del primer dibujo». Fue necesario entonces un nuevo acuerdo, que se hizo sobre la base de que Olivieri «... le pagaría la obra como la paga el Rey en Palacio a los asentistas y en el Convento Nuevo [Las Salesas]». Pero, no obstante los adelantos en la entrega de dinero, las obras no progresaban como era deseable y el descuido del constructor se hacía palpable en el deterioro de muchas piezas que se inutilizaban. Como tasador de la piedra actuó José de Montesomo, que era asentista en el Convento citado ⁷.

El Intendente, con el deseo de formarse una opinión de primera mano, reconoce los papeles y comprueba abusos de González, como haber fijado el coste de la piedra a un precio más alto que el que se pagaba en el Convento Nuevo, contra lo convenido, pero manda a José Briz a que reconozca detenidamente el estado de cosas y le informe en consecuencia. Briz, el 17 de junio, comunica el resultado de su inspección: únicamente se ha hecho la

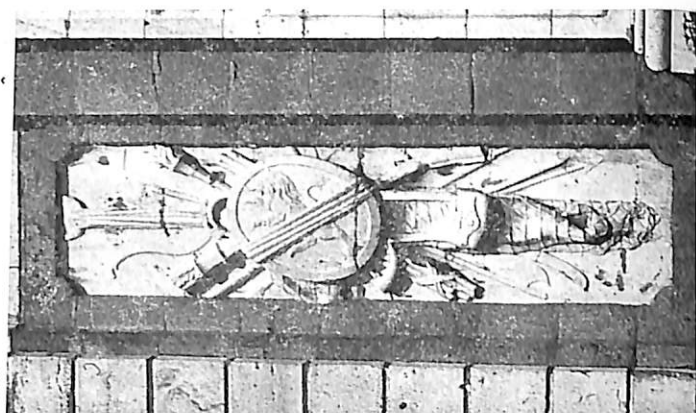
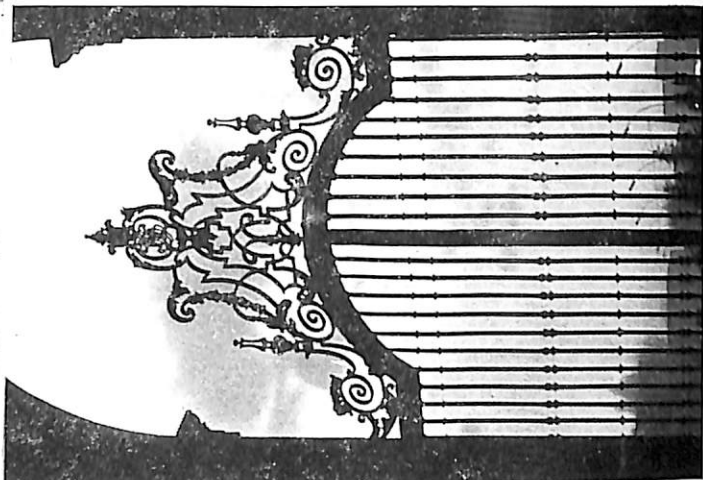
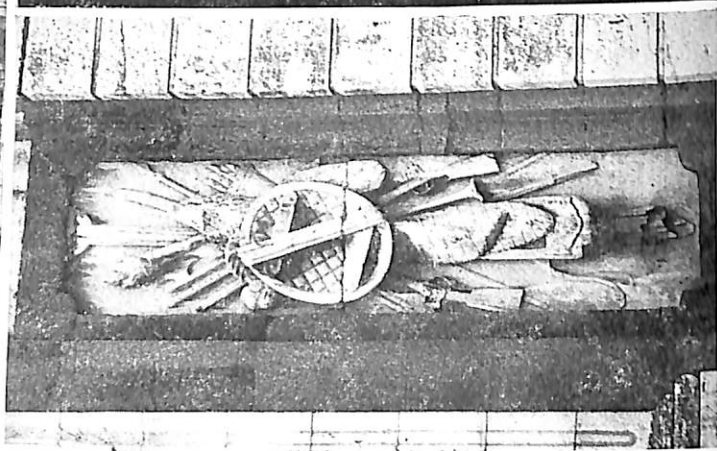
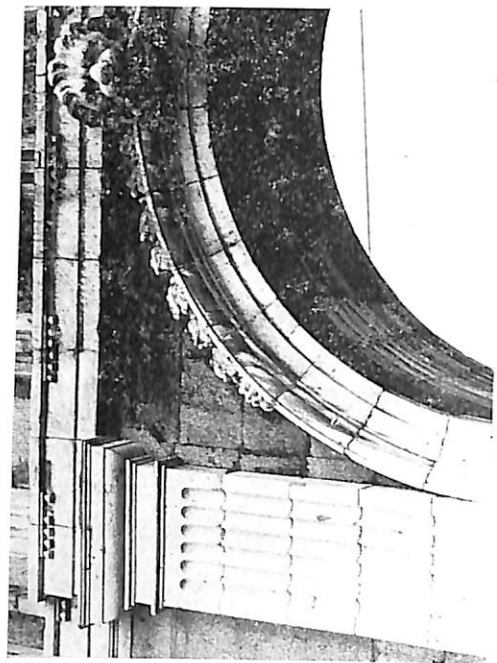
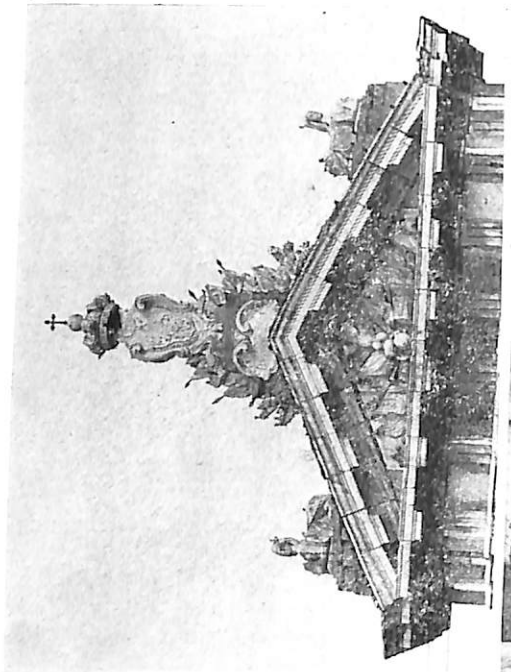
⁷ Transcribo párrafos de la carta de Olivieri:

«Muy señor mío y mi dueño: El Sr. Intendente me mandó llamar ayer para manifestarme un memorial que había dado a V. S. Juan González, tan falso como denigrativo a mi estimación. Me he quedado con copia de él por si acaso no dispone V. S. (que no dudo) el que se me dé la satisfacción correspondiente a semejante calumnia, el que me permita dé yo aquellos pasos en justicia y en razón a fin que mi estimación quede indemne y no se atreva otra vez González ni otro semejante a estorbar el concepto que V. S. tiene formado de mí. Ojalá se hubiera contentado con recurrir a V. S. (que para mí es lo más sensible) pero para sosegar y entretener sus acreedores ha ido publicando no les pagaba porque no le daba yo su dinero; dejé de responder ayer a V. S. porque quise primero que el Sr. Intendente hiciese reconocer el estado de la obra y viese las papeletas y recibos de hallarse satisfechos todos los materiales y jornales, de modo que en el día puedo asegurar a V. S. no debo más que tres cargas de arena; y aún González, según está tasada su obra en 7.366 1/2 rs. vellón, tiene recibidos 8.200 que constan de sus recibos; no me parece puede quejarse de que le detengo su dinero...

... esto, y haber venido a mi casa un mercadel [sic] que dice haberle prestado dinero, me detuvo adelantarle más, pareciéndome que el caudal que había de servir para la portada le dedicase para pagar sus trampas y no pudiese yo mantener a V. S. mi palabra, que por cumplirla me ha hecho tomar otras medidas. Esto es, Señor, la verdad; la que pongo a la consideración de V. S....». (A. G. P., íd., íd.)



Madrid. Puerta de Hierro. Conjunto y detalles.



labor de cimentación⁸ pero están preparados los materiales para elevar la construcción hasta la línea de imposta. Esto no satisface a Elgueta que quisiera ver terminada pronto la totalidad: «Le he encargado a Olivieri con seriedad procure aplicarse a concluir esta obra, porque tendrá mucho que sentir por su demora»⁹. Este tono de amenaza no deja lugar a dudas sobre su estado de ánimo, abiertamente molesto.

MORADILLO.

En septiembre de 1752 un nuevo personaje, bien conocido, entra en escena. El arquitecto Francisco de Moradillo se encarga de tasar «lo que falta de hacerse en la cerca» que asciende a 220.000 reales, cuando ya se han consumido los más de 800.000 que había en principio tanteado don Francisco Nangle. Alude a que falta de hacerse el terraplén y empedrado de la plaza que queda en lo interior, pero no se pronuncia sobre lo que puede costar «la dicha arquitectura del cargo de D. Juan Domingo Olivieri sobre los 50.000 rs. que tiene recibidos éste en cuenta de ella, pues que constará de su medida o tasa formal de que no puede tratarse ahora mediante ser obra que va atrasada». Moradillo ha pasado a encargarse de la dirección de la obra de la cerca en general, pero aún se respeta el contrato con Olivieri para la Puerta. Se pretende, no obstante, hacer tabla rasa y pagar todo lo hecho para comenzar desde un estado de cosas claro. Ensenada no quiere que los gastos y las obras se prolonguen demasiado. El 13 de octubre recomienda a don Vicente del Campo: «que sólo se haga lo indispensable y útil pagándose lo que se deba y excusando gastos».

Esta política de restricción choca, naturalmente con los deseos del nuevo director Moradillo, quien escribe en 16 de octubre a Campo: «No contemplo haya arbitrio de minorar su costo». Piensa Moradillo que será necesario indemnizar a los asentistas que protestan de la tasación de sus trabajos hecha por el ingeniero Herrera y que la «reformación y novedad que se hizo en el

⁸ «Señor. Habiendo pasado ayer tarde a la Venta del Regidor en compañía de Don Domingo Olivieri para informar a V. S. del estado de la portada y número de piedras, así labradas como en tosco, he encontrado que el cimientado de dicha portada está enrasado hasta la superficie del terreno y falta que levantar para completar su altura para sentar la losa de elección, tres pies y medio en el todo de su extensión; para cuyo fin tiene porción de material pronto; y de piedras de cantería extra, de las que tiene tomadas Montesomo, como consta de su declaración, pertenecientes a Manuel González, se hallan en tosco y parte labradas setenta y ocho piezas blancas de clase de basas, cornisas, pilastras almohadilla[da]s y estriadas, que juntas componen, medidas por su mayor vuelo mil y ocho pies y octavo cúbicos, comprendidas en éstas doce piezas que componen los cuatro jarrones, y éstas pertenecen en todo a D. Domingo Olivieri». (A. G. P., íd., íd.)

⁹ A. G. P., íd., íd.

modelo de la Portada» después de ajustada con Olivieri en 100.000 rs. supondrá también un incremento considerable de los gastos, con lo que el único recurso que quedaría para bajar el importe total sería «disminuir el costo de las tres rejas que deben ponerse en los arcos... mediante no estar dispuestas, formando a este fin distinta traza... sin que en los adornos de dicha portada quepa reforma o innovación alguna, estando ya como están dispuestos y prevenidos; y lo mismo digo en las partes de arquitectura, por estar ya formada la planta en la cuarta hilada de su zócalo y basa». A estas rejas se había ya hecho alusión concretando que serían de hierro «mazorqueado» y cuatro en total, tres para la entrada principal y otra para la de la Puerta del Vado, correspondiente al Camino de Castilla.

Para Olivieri las cosas se habían puesto difíciles y finalmente decide abandonar la empresa. Don Vicente del Campo comunica esta decisión el 31 de octubre: «D. Juan Domingo Olivieri se excusa a continuar la obra de la Portada de Arquitectura del Camino Real del Pardo de que estaba encargado por no permitirle otros muchos encargos del Real Servicio dar fenecida y porque al paso que dedica a ella sus esfuerzos, experimenta que sus oficiales y operarios le quitan su honor e intereses». Moradillo informa a su vez en el sentido de confirmar lo expuesto por Olivieri afirmando que «no puede atender personalmente a la colocación de piezas de escultura que se están llevando de su casa y a lo demás que es preciso». Cree que de admitírsele la dejación de la obra no se seguirá otro perjuicio que el de tener que continuarla en una época del año que ya no es la mejor. Bastará con hacer un inventario de los enseres y de lo demás que allí se encuentre. La opinión de Campo es aún más definida. El duda que Olivieri pueda conducir a buen fin un encargo «impropio de su profesión», como se lo ha enseñado la experiencia y propone que se le admita la dimisión y la obra se prosiga por Moradillo de cuenta de la Real Hacienda, tomándose para resguardo de ella las precauciones correspondientes que reglarán entre los dos.

El 14 de noviembre se le envían instrucciones a Campo: «Mediante que D. J. D. O. se excusa a continuar esta Portada y que Vm. no le considera con disposición de desempeñarlo, prevengo a Vm. de orden del Rey que se admita a Olivieri esta excusa haciendo inventario de lo que hubiere trabajado... y que regle Vm. el modo... para proseguir esta obra hasta su conclusión».

Esta tasación fue hecha por Moradillo en 9 de diciembre. Ascendió la cifra a 117.121 rs. Olivieri se comprometía a poner a pie de obra el resto de la escultura no colocada que quedaba en su poder. Como se le habían dado 50.000 se le deben aún 67.121.

Dos días después, el mismo Moradillo notifica que ha hecho el cálculo correspondiente a lo que se precisará para la terminación, que serán 36.000 reales poco más o menos.

Dicha tasación se hizo en presencia del coronel don Enrique Stillinguerf, don Vicente del Campo y el Ingeniero Agustín de Herrera. Ayudó a Moradillo el Ingeniero don Ventura Padierno.

A Olivieri se le habían de retener 20.000 reales en concepto de seguro «de la escultura que falta concluir y ha de poner de su cuenta al pie de la obra» así como 1.427 rs. y 26 mrs. que correspondían a destajistas particulares.

Tantos avatares en un trabajo de envergadura nada grande llegaron a crear en torno a él un clima de cansancio nervioso. Don Vicente del Campo lo expresa muy claramente cuando el 16 de diciembre solicita sea librada la cantidad necesaria para «concluir totalmente dicha portada y no tener que hablar más de ella».

Esta suma, finalmente, se libró según orden de 20 de diciembre de 1752.

La fecha 1753 inscrita en la cartela del remate ya descrita y lo poco que realmente quedaba por hacer parecen sin duda indicar que en poco tiempo todo quedó terminado.

* * *

No me ha sido posible hasta ahora encontrar referencias documentales de la reja central. Bien pudiera tratarse de una labor del maestro francés Juan Bautista Platón, cuyos dibujos para las de los huecos de Palacio he podido estudiar. La elegante grafía Luis XV de la forja es similar en ambos trabajos y la hipótesis queda en espera de comprobación.

La escultura decorativa es toda de piedra blanca de Colmenar y sus temas se repiten casi exactamente en ambas fachadas, con rigurosa simetría. Sobre la clave del arco una cabeza de león de cuyas fauces brotan guirnalda que se deslizan por su trasdós. Los relieves laterales representan trofeos de caza airosamente dibujados. Una banda de tela que cuelga de una fingida argolla enlaza un escudo con un león rampante o vuelto tras el que asoman en composición radiante una serie de armas y objetos relacionados con la caza en todas las épocas: arcos, flechas, lanzas, hachas, varas, redes, cuernos, trompas, escopetas, morrales. Los jarrones son de forma acampanada y rinden tributo a una moda muy difundida. Los tímpanos llevan un águila con las alas desplegadas sobre un conjunto de banderas, tambores antorchas, trompetas, cascos, balas, arcos y escudos. El remate está formado por un dado de granito con las cartelas de la fecha, rodeado de armas y banderas con mástiles

de hierro. El escudo, análogo de silueta a los que presiden las cuatro fachadas de Palacio, bajo corona terminada en una cruz de hierro, tiene sólo las armas de Castilla y León con las lises borbónicas en el centro y los collares de las órdenes del Espíritu Santo y del Toisón rodeándolo. Las dos esfinges no tienen una justificación iconográfica clara. En sus manos —no garras delanteras— sostienen pequeñas cartelas en las que no he conseguido leer inscripción alguna (las esfinges nunca han sido muy explícitas). Otras, en plomo, aparecen en la lonja del Palacio de San Ildefonso y, más tarde, también sobre sobrios pedestales en la lonja de la Casita de Arriba de El Escorial, y en las portadas de la verja exterior del Palacio de Liria; en ambos casos guardando las puertas como el monstruo mítico a la entrada de Tebas.

Todo ello proviene como sabemos del taller de Olivieri.

La parte que corresponde a cada uno de los tres directores de la Puerta no puede precisarse con exactitud. Moradillo no hizo, a lo que parece, sino encargarse de que se terminase rápidamente utilizando los elementos ya casi totalmente preparados. Nangle es autor de un proyecto inicial que no conocemos sino a través de opiniones que hablan de magnificencia excesiva. Lo único que consta positivamente es que sólo tenía un arco de entrada. Queda por determinar la medida en que Olivieri intervino en la remodelación de la idea. Cuando se refiere a ello en sus escritos lo hace en forma impersonal. El carácter un tanto forzado del maridaje entre escultura y arquitectura que se comentó al comienzo, hace que sea verosímil la atribución de estas reformas al escultor; él es, naturalmente, autor de la ornamentación, aunque no la ejecutase toda personalmente, sino a través de dibujos, bocetos y modelos.

A pesar de su relativa modestia, la Puerta de Hierro es un testimonio elocuente de la pujanza del arte cortesano en los años centrales del siglo XVIII. Destruirla o cambiar su emplazamiento, como parece haberse propuesto alguna vez recientemente sería cometer otro atentado contra nuestro patrimonio histórico y artístico.

APENDICE

NOTA BIOGRÁFICA SOBRE FRANCISCO NANGLE

El influjo de los ingenieros militares extranjeros llegados de diversos países durante la época del primer Borbón, comienza a ser valorado en su justa medida. Berbom, Brachelieu, Lemaury, Marchand, Nevroni, son nombres a los que habrán de irse agregando muchos otros, aún desconocidos.

Francisco Nangle había sido mencionado en relación con unos trabajos en la fortaleza de Simancas, consistentes en la sustitución de la linterna del Cubo del Obispo, obra de Francisco de Mora, que estaba inclinada, por un remate en aguja

forado de plomo y el saneamiento de las salas bajas que logró rebajando y empujando el suelo de las entrerrondas¹⁰. La memoria de licenciatura citada en la nota 3 da cuenta de su actividad en el puerto de Guadarrama por las mismas fechas.

Pero acerca de su persona no he encontrado referencia alguna. Por eso me parece de interés añadir aquí los datos que aportan sobre él unos documentos localizados últimamente en el Archivo General de Simancas.

Se trata de unos memoriales elevados al Marqués de la Ensenada en distintas fechas, solicitando ascensos, recomendando a un compañero o pidiendo autorización para ausentarse del servicio. A su través, vamos viendo aparecer rasgos que perfilan a nuestro personaje.

El primero de estos memoriales está fechado en Bolonia en 12 de junio de 1743. Nangle se presenta como Teniente de Infantería, Ingeniero Ordinario y Extraordinario que lleva 14 años de empleo en el ejército de Italia, es decir desde 1729. Cita, al enumerar las acciones en que se halló presente la batalla de Bitonto, el sitio de Pescara, Aquila, Terranova, la Ciudadela de Mesina, Siracusa. Afirma haber participado igualmente en la campaña de Lombardía como Primer Ayudante de Cuartel Maestro General y en otras varias comisiones especiales. En la Batalla de Campo Santo, destinado en la Brigada de Reales Guardias Españolas «a la orden del Teniente General D. Reynaldo Madonel» (Mac Donald seguramente) quedó gravemente herido. Esta batalla tuvo lugar cerca de Módena el 8 de febrero del propio año 1743. Fue adversa para las armas españolas que debieron ceder su terreno. En virtud de su celo, Nangle pide ser ascendido a «Ingeniero en Segundo». La información de sus superiores es totalmente positiva: «Este ingeniero ha servido siempre con mucho honor buscando las ocasiones de distinguirse; es hábil en la profesión y apto para desempeñar el empleo que solicita, como otros muchos de los 22 de su clase más antiguos, pero pareciéndome merece ser atendido por la herida que recibió... soy de dictamen debiera hacerse ahora con el grado de capitán».

Este ascenso le fue otorgado sin duda, puesto que el segundo memorial escrito en Milán en 19 de enero de 1746 nos presenta al ingeniero ya como capitán y solicitando ser ascendido a teniente coronel.

La circunstancia histórica en que se redacta y los motivos que le impulsan merecen un especial comentario.

Nangle recuerda ahora que ha nacido en Irlanda y en el seno de una familia fervientemente partidaria de la dinastía Estuardo, destronada en la revolución de 1688, y alejada definitivamente del gobierno con la muerte de la reina Ana en 1714. En el servicio de los Estuardos los antepasados de nuestro capitán sacrificaron sus vidas y sus haciendas. Y ahora, cuando el nieto de Jacobo II, príncipe apuesto y valiente de leyenda romántica, el Carlos Eduardo que en las canciones populares escocesas es aún el «Bonnie Prince Charlie», se atreve, en una osada aventura, a intentar recuperar el trono perdido para ofrecerlo a su padre, el «Old Pretender» Jacobo Eduardo, el oscuro oficial mercenario siente el deseo de correr a unirse a los «Highlanders» que han bajado de las montañas para seguir al último Estuardo en

¹⁰ ANGEL DE LA PLAZA, «Archivo General de Simancas. Guía del investigador». Valladolid, 1962, pp. LXXIII y LXXIV. Nangle residió en la villa del 15 de julio a mediados de agosto de 1749. Levantó planos y secciones detalladas del edificio y redactó un informe de su estado. Reclamado por sus ocupaciones en Guadarrama, dejó al frente de las obras al también ingeniero Ambrosio de Marnara, que murió poco después de terminarlas. Marnara firma un dibujo — lám. 22 — con los dos estados del cubo antes y después de la restauración. D. Juan José Martín González, en «Catálogo monumental de la provincia de Valladolid. Tomo VI. Antiguo partido judicial de Valladolid», 1973, p. 92, vincula la noticia relativa a Nangle.

una carrera de fugaces y espectaculares triunfos. El 27 de abril en Culloden, ese sueño iba a terminar trágicamente; pero en enero todo parece augurar un triunfo rápido. Y Nangle da por segura la victoria: «... habiendo llegado el tiempo en que, mediante el amparo de V. M. y del Rey Cristianísimo parece dispone Dios recupere Jacobo 3.º Rey de Inglaterra su corona...» se siente obligado por su honor y la tradición familiar a «... pasar al ejército del Príncipe Stuard, en Escocia, y imitar con esta demostración el celo y amor con que mis antepasados sacrificaron cuanto poseían en el servicio de la Real Casa Stuard...». Para «poder parecer en aquel servicio con mayor lustre», pide, de paso, que se le conceda el ascenso al grado inmediato. El entusiasmo le empuja a no retrasarse: «dejo a la alta consideración de V. E. cuán notable sería en mí si en la ocasión que todo irlandés debería sacrificarse por tan justa causa, yo fuera de los últimos, cuando las obligaciones que tengo a la expresada Real Casa son tan notorias...» «... concurriendo a tan justo fin cuantos oficiales irlandeses hay esparcidos por los diferentes países de Europa... hallándose comprendido bajo esta misma ley el suplicante y haber sus antepasados sacrificado bienes y vidas...».

No sabemos si a pesar de tantas y tan convincentes razones se le concedió el permiso que tanto deseaba.

De hecho el año 1749 está en España dirigiendo las obras del Puerto de Guadarrama y desde esta localidad eleva el 21 de agosto un nuevo memorial proponiendo para el ascenso a capitán a Juan Francisco Darbelet Dumont, ayudante suyo de quien hace grandes elogios: «se ha esmerado... en ayudarme... y... llevó el peso de este trabajo con una consumada inteligencia...» «ha servido... con distinción notoria, especialmente en la voladura de un puente en situación arriesgada...»¹¹.

La difícil situación de Irlanda empujaba a sus hombres a buscar fuera del país posibilidades mejores de vida. Esta, junto con la ruina de la familia al caer los Estuardos sería la causa de la emigración de Nangle. Parece muy claro que no vino solo sino que se establecieron en España otros miembros de su familia puesto que se encuentran por estos años varias Hojas de Servicios Militares correspondientes a oficiales de distintas armas que llevan este apellido y la indicación de su nacionalidad irlandesa; todos ellos son considerados «caballeros», o, al menos, de linaje conocido y por sus edades deben necesariamente pertenecer a distintas generaciones¹².

¹¹ Archivo General de Simancas, Secretaría de Guerra, leg. 3079.

¹²

- Guillermo Nangle. Capitán reformado. Dragones Francia. 32 años. Irlanda. A. G. S., S.ª G.ª, elg. 2476, cuad. XV, fol. 61.
- Eduardo Nangle. Capitán reformado. Caballería. Dragones Francia. 42 años. Irlanda. Calidad conocida. 1721. A. G. S., S.ª G.ª, leg. 2476, cuad. III, fol. 51.
- Pedro Nangle. Subteniente infantería. Victoria. I Batallón. Irlanda. 34 años. Caballero. 1749. A. G. S., S.ª G.ª, leg. 2668, cuad. V, fol. 24.
- Guillermo Nangle. Capitán. Caballería de Borbón. Irlanda. 1751. A. G. S., S.ª G.ª, leg. 2466, cuad. II, fol. 6.
- José Nangle. Subteniente. Infantería. Victoria. Irlanda. 25 años. Caballero. A. G. S., S.ª G.ª, leg. 2674, cuad. III, fol. 26.